


## Libros chilenos

•LA NIÑA DE LA PRISIÓN., POR LUIS ENRIQUE DÉLANO

 OS libros, sin atender a división alguna de géneros y estilos, pueden separarse en dos grandes porciones. Una está integrada por los que interesan al lector. Otra, acaso más crecida, la componen los que no interesan. ¿Es arbitraria esta clasificación? No es, en todo caso, mucho más arbitraria que la mayoría de las clasificaciones conocidas. Para el manejo de la crítica es, en cambio, fundamental. El crítico es un lector a quien se ha atribuido, por consenso común, aptitudes especiales. Es un lector, en fin, que ve más y mejor que los demás. Ve más a fondo; como ha leído más, puede establecer relaciones. Ve mejor; se ocupa no sólo en el estilo, en el lenguaje, sino en el significado del libro. Advierte también su estructura, esos como filamentos vegetales que en la delicada epidermis de la obra literaria son la última demostración de que esas hojas forman parte de una rama, la rama de un árbol, el árbol de un bosque.

Atendiendo al índice clasificador apuntado, el libro que un joven escritor chileno ha publicado con el nombre de *La niña de la prisión*, ocupa un lugar bien definido. Es un libro que interesa. Atrae desde su portada, trazada por otro joven artista, Molina La-Hille, dibujante y escritor. Atrae también desde el título. *La niña de la prisión...* Los escritores noveles se distinguen por la sugestión que saben imprimir a los títulos de sus libros. No sólo de sus libros: también a los de sus revistas. En Chile no se ha hecho más que seguir una moda en uso en Europa.

Las revistas no se llaman, como antes, *La Ilustración Artística*, *Pluma y Lápiz*, sino *Andarivel*, *Volantín*, *Proa*... En lo que toca a libros, hemos visto en Chile muchas bizarrias. ¿No hay un libro titulado con una sola letra, *U*? Pues bien, otro se llama nada menos que *Un montón de pájaros de humo*.

Luis Enrique Délano, autor de *La niña de la prisión*, no ha hecho ni tanto ni tan poco. El título de su libro es sugestivo, y nada más (¿para qué más?). No alcanza a ser extravagante.

Hay una diferencia, entre muchas otras, entre el lector corriente y el crítico, especie de super-lector. No es una diferencia trivial. El lector salta a menudo sobre el prólogo de un libro para caer en la suelta arena del relato. El crítico no hará nunca esta acrobacia. Tanto es así que se ha llegado a formar cierta ralea de críticos que no leen más que los prólogos de los libros, y como en ellos casi siempre se dicen cosas generales sobre lo que el libro contiene, sobre su autor, sobre muchos temas conexos, el prólogo dispensa de mayor lectura. Para este género de comentadores, el libro de Délano ofrece un interés especialísimo. Está exornado de un prólogo de Salvador Reyes, interesante cuentista y poeta joven sobre el cual se pueden decir muchas palabras cordiales, que es más que un prólogo un manifiesto literario. Reyes, en efecto, preconiza allí el cultivo de la literatura imaginativa. ¿Cómo destacar de la pirotecnia de sus frases la más representativa? Intentémoslo, sin embargo: «Creo—dice Reyes—que evadirse de la realidad vivida es el supremo deber del artista».

Nos llevaría muy lejos comentar esta declaración. Hay, en efecto, muchos artistas, hay movimientos enteros para los cuales la evasión de la realidad es el supremo don. Pero desde hace algunos años—sesenta, ochenta, no más—, la literatura, entre las artes, está basada en una notación rigurosa de la realidad, en la observación de los hechos más menudos de la vida, en la reproducción fiel de lo que parece más cotidiano y plural. Ortega y Gasset, sumo definidor de las letras españolas, ha escrito todo un libro, *La deshumanización del arte*, para probar que los escritores y artistas todos de hoy tratan de vencer lo

humano y de huir, en general, de todas las formas vivas. Sin embargo, ha debido completar su libro con un anexo sobre la novela, en que se hacen severas restricciones a esta teoría. Y como estas restricciones están basadas en dos hechos—la novela de Dostoyevsky y la de Proust—y como los hechos valen infinitamente más que todas las teorías, las conclusiones de Ortega y Gasset se atemperan mucho al tocar las lindes novelescas.

Pero dejemos esto. El libro de Délano nos espera. Está compuesto por diez relatos. No en todos está patentizado el empeño de que habla el prologuista. No todos, en fin, tratan de huir de la realidad. Pero son tal vez los mejores, los más logrados, los más artísticos, los más interesantes, aquellos que se evaden de la realidad ambiente. O que, por lo menos, introducen en ella ese germen de inquietud que parece distintivo de la literatura de hoy. Son marinos, gitanos, vagabundos y mujeres extrañas los que pueblan estas páginas. Es decir, seres marcados con un signo que a todos parece invisible. El signo de la inestabilidad. Los marinos atraviesan el mar en el lomo de los barcos. Cruzan las latitudes y en cada puerto tienen una amada nueva (¿no es así, Pablo Neruda?). Los gitanos tienen un viejo destino errante. Dario los llamó «sabios en extraños conjuros y estigmas». Y las mujeres... Hay pocas, pero todas están señaladas por la marca de la inquietud. Una, sobre todo, llama la atención. Es la que está anclada en las páginas del cuento titulado *Al punto mayor*. ¿Qué estrella negra le marcó la frente? Es la mujer condenada a no ser amada sino una noche. ¿No es una insólita contrafigura del marino que tampoco ama sino una noche, la noche de la vuelta a tierra, del placer tempestuoso, la noche cortada por la partida brusca, a la luz palúdica del amanecer? Es, en todo caso, una mujer como hay pocas. Posiblemente no hay otra como ella en el vasto mundo.

Pues bien, Délano es un coleccionador de almas extrañas, como quiere Reyes que sea el escritor. No todos sus cuentos, es claro, obtienen lo mismo: revelarnos un alma singular. Pero en todos ellos se nota la aspiración, y en varios la aspiración se colma.

Ha intentado también Luis Enrique Délano, con mucho éxito, otro género literario. Participa en algo de la geometría de la aventura que hizo entrar a las letras Edgardo Poe. Pero es algo más que eso. Nos referimos a *El enigma*, cuento irónico si los hay, cuento desencantado, en que el vasto sostén de una intriga misteriosa sirve para que el artista nos haga reír a costa de dos espíritus ingenuos.

Este libro nos revela un rico temperamento de escritor, un alma abierta a muchas sugerencias sensibles. Es el comienzo de un camino. En efecto, por muy logrados que estén los frutos de esta obra, cabe esperar más de su autor. Comienza ya a dominar la frase, y en los cuentos de más reciente data se muestra cercano a la cifra correcta de un buen estilo. Maneja las almas de los hombres como pocos escritores nuestros, y es aquí, sin duda, donde reside su más alto mérito. Esperamos de él, una vez leído este primer libro de rotunda iniciación, la novela. Esa novela chilena que tarda tanto en llegar, y que, entretanto, se va haciendo con dispersos fragmentos de muchos libros que se publican año por año. Délano ha demostrado con su *Niña de la prisión* que no es aventurado poner en él toda clase de esperanzas. Las realizará, estamos seguros.

RAÚL SILVA CASTRO.